Historia del principe Selim de Balsora

Madrid

[1893?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: **OCl00044.04**

Control Number: ADT-5122
OCLC Number : 29715823
Call Number : W 381.568 H629 v.4 HPRI
Title : Historia del principe Selim de Balsora, ó, El anillo prodigioso.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 23 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Note : With: Historia de los famosos bandoleros de Andalucía, llamados vulgarmente los niños de Écija. Madrid : Hernando, [1893?].
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS



(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA
DEL
PRINCIPE SELIM DE BALSORA,
Ó EL ANILLO PRODIGIOSO.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD

HISTORIA
DEL
PRINCIPE SELIM DE BALSORA.

CAPITULO PRIMERO.

Sabiduria, tino y virtudes de Zeilan y Dina; sus deseos de sucesion, rogativas que se hicieron para alcanzarlo.

En los tiempos en que más florecia el imperio de Oriente, gobernaba la ciudad de Balsora con otros Estados, el Gran Zeilan, príncipe cuyas virtudes y sabiduría le captaron la voluntad de los dioses, haciéndole su predilecto protegido. Los fértiles y dilatados terrenos que poseia, unidos á sus moderadas costumbres, economía y buen gobierno, le hicieron dueño de inmensas riquezas, sin que para ello tuviese que gravitar á sus vasallos con onerosos tributos, por cuya razon le amaban como á un tierno padre, y respetaban como señor soberano; su dulce trato, acertadas medidas, incansable desvelo por la felicidad de los pueblos, le hacian aparecer á los ojos de sus súbditos como una divinidad bajada á la tierra para consolar y enjugar el llanto de los mortales que la habitan por un corto y determinado tiempo, en que apenas el hombre disfruta un momento de tranquilidad y reposo, que no sea turbado por la injusticia, la ambicion, la envidia y las malas pasiones. El príncipe de Balsora unido á una esposa virtuosa y prudente, amado de sus vasallos, henchido de sus riquezas y protegido por los dioses, aun se hallaba sujeto como otro cualquiera mortal á las penas y aflicciones que son consiguientes á esta vida fugaz y pasajera, que solo es larga por lo mucho que se padece en ella.

El cielo que con pródiga mano habia derramado tantos beneficios sobre este sabio y virtuoso príncipe, no quiso por algunos años completar su dicha y felicidad haciéndole padre, cuyo singular beneficio, no solamente apetecia él y su tierna esposa, sino tambien todos los súbditos que componian sus vastos dominios. Ocho años habian transcurrido sin que la contínua oracion, las peregrinaciones y votos hubiesen alcanzado el hijo apetecido que debia heredarle: al noveno de su matrimonio, mandó que en todos los templos que habia en sus Estados se hiciesen fervientes rogativas, para que el Dios de los ejércitos le concediese un digno sucesor. Los sacerdotes y el pueblo se apresuraron á dar cumplimiento á aquella órden, y mas el amor que profesaban á sus soberanos que el mandato que así lo determinaban, les impelió en poco tiempo á cumplir los deseos de su señor. Se abrieron é iluminaron los templos; y en un mismo dia y á una misma hora, todos los habitantes del principado se dirigian á los templos á suplicar al Todo-Poderoso les concediese un príncipe que completando las dichas del que tenian, le imitáse en virtudes y sabiduría. El soberano de Balsora y su esposa, postrados al pié de los altares, animaban con su ejemplo al pueblo que admiraba su devocion y modestia, uniendo sus súplicas á las de sus legítimos señores.

Dos horas haria que resonaban en el principal templo de la ciudad los cánticos religiosos, cuando un resplandor brillante y luminoso, como de mil antorchas encendidas á la vez, dió el más bellísimo aspecto, haciéndole parecer como un edificio sembrado de deslumbradores brillantes, á quien no era dado mirar por los mágicos rayos de refulgente luz que despedian sus columnas, paredes y pavimento. El príncipe entonces, eleva sus manos hácia el cielo en accion de gracias; y en esta reverente posicion, se pudo distinguir que aquella repentina y extraordinaria brillantez que habia embellecido el templo, era emanada de una estrella esplendente y luminosa, que parecia unida á la mano derecha del soberano de Balsora: este se dirigió al pueblo que le contemplaba estasiado, y con la mas marcada espresion la alegría, dijo: «El cielo ha escuchado nuestras súplicas; rindámosle de gracias por tantos beneficios como derrama sobre nosotros.» En el momento resonó en el templo el himno de gracias y despues de haber orado fervorosamente, se retiraron los príncipes, seguidos de un inmenso gentío que les acompañó hasta su palacio.

Apenas se hallaron solos los dos esposos, cuando Dina, que así se llamaba la princesa, preguntó á su consorte: Dime, ¡oh mi querido príncipe! ¿qué motivos habeis tenido para juzgar que nuestras súplicas han sido acogidas por los dioses? Este es un secreto, respondió el príncipe, que se encerrará conmigo en la tumba: si yo tuviera la debilidad de hacerte esta revelacion faltando á mis juramentos, la cólera del cielo

lanzaria sobre mí los más espantosos infortunios, despojándome de su proteccion, y haciéndome el más desgraciado de todos los mortales; bástete saber, ¡oh tierna esposa mia! que aun no habrán pasado los floridos dias de otra primavera, cuando serás madre, y el fruto de nuestro conyugal amor completará las venturas que el cielo derrama sobre nosotros.

Así se esplicó el sábio y virtuoso príncipe, sellando los lábios de su adorada consorte con un resplandeciente diamante engastado en una sortija que servia de adorno al dedo de corazon de su mano derecha. Al tocar la princesa con su lábio aquel lucido y deslumbrador anillo, quedó estasiada como si un genio celestial hubiera embargado sus sentidos para trasportarla al Paraiso, rodeándola de cuantos placeres y felicidades pueden ofrecerse á la imaginacion de un mortal protegido por los cielos.

El príncipe se retiró para ocuparse del bienestar de sus fieles súbditos, á quienes hizo grandísimos donativos, y otorgó muchas gracias por el venturoso augurio que habia tenido aquel dia.

CAPITULO II.

Dina noticia á su esposo que se halla en cinta. Nace Selim y los astrólogos y sabios forman su horóscopo, le educan con esmero por sabios maestros, y á los 22 años ocupa el trono por muerte de sus padres.

Cortísimo tiempo trascurriera desde el dia de la general rogativa, cuando Dina se sintió en cinta, nueva venturosa que comunicó á su querido esposo radiante de alegría, y algunos meses despues dió á luz un hermoso y robusto niño, á quien pusieron el nombre de Selin Alamar ó heredero de las estátuas. A pocos dias de su nacimiento convocó Zeilan los sabios y astrólogos del Principado para que hiciesen el horóscopo del niño; y despues de haberle examinado detenidamente y consultado á los astros, declararon unánimemente: «que el príncipe recien nacido, seria valeroso, prudente, sabio y feliz, si sabia aprovecharse de un precioso talisman que le serviria de norte en todas sus acciones; pero que si por desgracia ó mala estrella, desdeñaba y no seguia el camino que le trazase el talisman prodigioso, seria condenado á vivir errante por toda su vida, como ingrato á los beneficios á que los dioses le tenian destinado.»

Selim, hermoso como un ángel, risueño como las flores al salir la aurora en la alegre primavera, y amable como un serafin des-

prendido del Olimpo, crecia por momentos siendo el encanto y delicia de sus padres, y la esperanza del pueblo que debia regir un dia. Pasada la envidiable época de la niñez; y hallándose en estado de principiar su educacion, el príncipe su padre le rodeó de sabios maestros para que asiduamente cultivasen su entendimiento, que prometia ser tan raro y singular como lo era su belleza: efectivamente, dieron principio á su enseñanza; y á los pocos años dió á conocer el jóven príncipe que no se habian equivocado en sus cálculos y predicciones, pues sus adelantos eran tales, que en muchas materias aventajaba á sus maestros, dando por resultado, el que á los diez y ocho años de edad se hallaba concluida su educacion, siendo consumado en algunas ciencias, teniendo un regular conocimiento en otras, y estando impuesto en los artes más provechosos. Otros dos años los empleó en ejercitar sus fuerzas, llegando á alcanzar gran agilidad y ligereza en la carrera y el salto, y muchísima destreza en el manejo de toda clase de armas, el caballo más indómito y fogoso lo regia con tal tino y maestría, que le tornaba en dócil y obediente, tanto, que solo la voz era lo suficiente para que el noble bruto se prestara á ejecutar el movimiento que se le indicaba ó se queria hiciese.

Con tan bellas dotes se hallaba adornado el sucesor del gran Zeilan, siendo el encanto de sus padres y la esperanza de un pueblo en cuyo trono debia sentarse. A pesar que en aquella era venturosa disfrutaban los pueblos del más envidiable y profundo reposo, Zeilan, siempre sábio y previsor, hizo que su hijo se impusiera en el difícil arte de regir y gobernar un ejército y conducirlo á la victoria. Para ello, despues de enseñarle los conocimientos teóricos, mandó que se reuniesen en Balsora toda la gente de armas que tenian sus dominios, y obligó á Selim á que presenciase sus ejercicios y maniobras, haciéndole por muchos dias consecutivos mandar aquellas fuerzas en batallas figuradas y simulacros guerreros; cuyas militares operaciones se repitieron por espacio de otros dos años, hasta que Selim, á la edad de veinte y dos se hallaba en disposicion de ser un gran general.

Por esta época se estendió la noticia de que el gigante Oron, príncipe de la Siberia, levantaba un formidable ejército, con el objeto de invadir todo el Norte europeo, á quien pensaba tiranizar, llegando hasta su centro la devastacion, el incendio y la muerte. Aunque el peligro era remoto para los estados de Balsora, no por eso dejó el prudente Zeilan de hacer observar á su hijo lo conveniente que era el estar preparados para la guerra. A los pocos dias de haberles llegado la noticia de los preparativos guerreros de Oron, cayó gravemente enfermo Zeilan de un accidente que le privó del habla en el momento, haciéndole sucumbir á los tres dias. Dina no pudo sobrevivirle y le siguió al sepulcro á los quince, quedando por consecuen-

cia Selim, en la mayor afliccion y desconsuelo. A su fallecimiento no se halló la menor disposicion testamentaria, ni menos las inmensas riquezas con que todos les hacian. Sus cuerpos fueron embalsamados y depositados con toda pompa en el soberbio mausoleo de sus mayores; y Selim subió al trono, triste, pesaroso y lleno de amargura; pues la muerte le habia privado en corto tiempo de las prendas mas caras de su corazon. El esplendor del trono que acababa de ocupar, no pudo apartar jamás de su imaginacion las sombras queridas de sus amados padres, que en más dichosos tiempos fueron para él su delicia, su consuelo, su felicidad, su todo.

CAPITULO III.

Conducta de Selim como soberano.—Preludios de guerra.—Vision que se le aparece en sueños y sus consecuencias.

Dos años habian trascurrido desde la muerte de Zeilan y Dina, y apenas Selim habia podido mitigar su acervo dolor, razon por que le eran desconocidos los encantos que ofrece la vida á un jóven sábio, agraciado y poderoso. La mayor parte del tiempo le empleaba en los negocios de sus Estados, conferenciando con sus ministros y antiguos maestros, acerca del modo de mejorar la suerte de sus súbditos, aminorando sus cargas y procurando por todos los medios hacer su felicidad.

Así se deslizaban los florecientes dias de su juventud, que hasta entonces los habia pasado en un contínuo estudio, cuando vino á sorprenderle una noticia que encendió su corazon en pátrio fuego: Oron, príncipe de la Siberia, despues de dos años de continuadas victorias, habia penetrado en el Egipto, ocupando su triunfante ejército las dilatadas tierras del Cairo, Bagdad y otros puntos del imperio de Oriente. El jóven Selim reunió en el momento sus ministros y altos dignatarios, y les hizo ver el peligro que amenazaba á sus Estados, si como era de esperar, el soberbio Oron intentaba estender sus conquistas confiado en la fortuna que siempre habia seguido á sus armas: la mayor parte de los individuos llamados al consejo fueron de opinion que era imposible (en caso de una agresion) resistir las vencedoras huestes del gigante del Norte; ya por la pequeñez del principado, y ya por absoluta falta de recursos para levantar un ejército capaz de contener las victoriosas falanjes del de Siberia. Solo Selim y alguno otro de sus mas famosos capitanes, fueron de opinion que era preciso de-

fender á todo trance la patria que les habia servido de cuna; pero este santo fuego que ardia en sus juveniles corazones se amortiguaba en parte por la falta de recursos para sostener las fuerzas que debian conducir á los combates, por cuya razon nada se resolvió por entonces acerca del particular, y Selim, triste, pensativo y lacerado del dolor mas profundo se retiró del consejo para dirigirse á depositar sus aflicciones en el panteon donde reposaban las cenizas de sus queridos padres: atravesó una calle de gigantescos cipreces y entró en el tétrico y majestuoso asilo de la muerte. Postrado al pié de las urnas que encerraban las preciosas cenizas de los autores de sus dias, lloró amargamente, y como si pudieran escucharle les suplicaba intercediesen con el Eterno para que libertase á su pueblo de la bárbara esclavitud de que se hallaba amenazado; el silencio de las tumbas era solo el que respondia á sus plegarias.

Conmovida el alma de Selim por tantos males, y agitado su corazon estraordinariamente, salió del panteon y contiguo al pórtico por donde se entraba en él se recostó poseido de la mayor fatiga; á poco rato le rindió un dulce sueño, y en él observó que un coronado y venerable anciano, cuya majestad le imponia, se hallaba á su inmediacion y le dirigia estas palabras: «Príncipe Selim, ¿por qué abatido te rindes á los pesares que son consiguientes á la vida, y reposas tranquilo á las mismas puertas del pavoroso asilo de los muertos? Las almas grandes y justas se resignan en los mas grandes infortunios, y jamás desconfian de la proteccion de los dioses. Despierta, pues, hijo del sabio y virtuoso Zeilan; el pueblo, á cuya cabeza te hallas, está amenazado por un conquistador injusto y arrogante; tú debes libertarle de la ignominiosa esclavitud que le amenaza, ó perecer como caballero antes que sobrevivir á tal afrenta. Vuelve, hijo mio, al panteon de tus mayores, y levantando la tapa de la urna que encierra el cadáver de tu padre, le sacarás del dedo corazon de su mano derecha una hermosa sortija que ostenta un brillantísimo diamante; colócala en el mismo dedo de tu mano y en cuantos accidentes te ocurran en la vida te servirá de norte y guiará todas tus acciones. Si el diamante se mantiene brillante, será una señal segura de que marchas por el camino del bien, y si se empaña y palidece, demostrará que te encaminas por la escabrosa senda del mal y del vicio. Obedece, pues, hijo mio; recoge ese anillo maravilloso, y colocándole como te he dicho recorrerás la habitacion de tu padre y en la parte que mas brille el diamante, hallarás cuanto necesites en estos críticos momentos. Adios, Selim; y en lo sucesivo, ten mas confianza en el cielo.» Y la vision desapareció dejando al príncipe, que despertó al momento, en la cruel incertidumbre de si efectivamente era una realidad ó bien un sueño lo que habia visto y escuchado; pero confiado en la misma religiosidad de aquel sueño, vol-

vió á bajar el panteon, y abriendo una urna que depositaba á su padre, se acrecentó su asombro contemplando aquellas queridas facciones que nada habian perdido de su lozanía y brillantez: efectivamente, Zeilan parecia que disfrutaba de un delicioso y profundo sueño que le hacia sonreir. Selin besó cariñosamente aquel rostro querido, y tomando la mano de su padre, que parecia se alargaba misteriosamente, le estrajo el anillo que colocó en su dedo.

El diamante brilló entónces como el mas luminoso cometa; volvió á cerrar la urna y se dirigió precipitadamente á la habitacion que habia ocupado su padre cuando vivia; la reconoció en cortísimos momentos, y al llegar á un cuadro de cuerpo entero que representaba la Abundancia, el diamante volvió á brillar como en el panteon. Selin reconoció el cuado y observó que en la parte inferior de su dorado marco entreveia un resorte, el que apenas tocó cuando alzándose el cuadro dejó descubierta una entrada á quien parecia servir de mampara ó puerta. El príncipe bajó doce elegantes escalones de alabastro, y se halló en un espacio subterráneo que, alumbrado por los rayos de luz que despedia su prodigioso diamante, pudo reconocer su suntuosidad y riqueza: una magnífica araña de finísimo oro y esquisito trabajo guarnecida de preciosas piedras, pendia de una hermosísima cadena, ocupando el centro de aquella habitacion misteriosa, en cuyos cuatro ángulos se observan cuatro genios que tenian en sus manos bellísimos candelabros de bruñida plata; así estos como la gran lucerna, se hallaban con el correspondiente número de bugías como si se hallaran dispuestos á iluminar el suntuoso salon á quien servian de adorno.

Selim asombrado de mirar todo lo que le rodeaba á la luz que le presentaba su diamante, quiso contemplarlo y reconocerlo mejor iluminando el subterráneo; al efecto sacó de una caja que siempre llevaba consigo una pajita impregnada de una materia fosfórica y restregándola contra una de las columas que sostenia el pavimento logró encenderla, y con ella todas las bugías que sostenia la lucerna y candelabros. Iluminado aquel prodigioso subterráneo, creció su admiracion al contemplar que su techumbre era de finísimos cristales de diferentes colores, que unidos con simetría y arte, formaban un sin número de figuras simbólicas y pintorescas alegorías; las paredes realzadas de porcelana de china y sembradas de alegóricas figuras, armonizaban perfectamente con el techo; en todo el frente de la derecha, se hallaban grandísimos cajones llenos de lucientes y preciosas armaduras, y siguiendo toda la parte izquierda, se miraban iguales cajones con la diferencia de contener con profusion toda clase de armas ofensivas y militares arneses. En el frente del centro se miraban doce grandes urnas de pórfido, que contenian una gran cantidad de mone-

das de oro, cuyo tesoro inmenso podia sostener por muchos años al mas grande ejército. En el centro del subterráneo se ostentaban sobre nueve pedestales de oro cincelado, ocho estátuas del mismo metal sembradas de deslumbradores brillantes. La primera representaba á las diosas de las Ciencias; la segunda la Justicia; la tercera la Caridad; la cuarta la Modestia; la quinta la Fortaleza; la sesta la Templanza; la sétima el Heroismo; la octava, Continencia; y la novena, sobre la que no se notaba estátua alguna, contenia un lienzo con esta inscripcion: «El caballero que desee poseer la estátua que falta á este pedestal, que vale por sí sola mucho mas que todo cuanto contiene este prodigioso asilo, es indispensable que posea las dotes que las ocho representan; sin las cuales no la hallará jamás. Si las tuviese, podrá encontrarla recorriendo el Egipto, llenándole con sus hechos de admiracion.»

Selim, como si hubiera sido tocado por la misteriosa vara de la Divinidad salió del subterráneo, y volviendo á reunir el consejo de sus ministros y capitanes, dispuso que inmediatamente se levantase un ejército compuesto de todos los súbditos que teniendo diez y ocho años no pasen de cincuenta, y no fuese cabeza de familia. El consejo le hizo observar que la falta de recursos impedia esta medida; pero Selim, con una inesplicable firmeza le repuso, que cuantos recursos fueran necesario corrian de su cuenta.

Pocos dias fueron suficientes para que todo lo mas florido de la juventud del principado corriese á obedecer las órdenes de su señor, reuniéndose en Balsora y sus inmediaciones cerca de cuarenta mil hombres, que al mando de esperimentados capitanes principiaron á instruirse en el arte de la guerra. Selim, sin dar apenas lugar al necesario descanso, hizo comprar armas, caballos y máquinas de guerra, haciéndolas venir de lejanas tierras; repartió asimismo á sus capitanes y caballeros las que habia encontrado en el subterráneo prodigioso; y en corto término logró mirar su ejército provisto de todo lo necesario para entrar en una gran campaña. La fama de todos estos grandes preparativos guerreros, se estendió rápidamente por Oriente, y todos los dias llegaban al campo de Selim numerosos refuerzos de diferente provincias, para unírsele contra el enemigo comun, que venido desde el helado clima de la Siberia, amenazaba con la esclavitud á todos los Estados del grande imperio.

El orgulloso Oron, á quien habia llegado tambien la noticia de estos grandes aprestos militares, se apresuró á marchar contra un ejército naciente, que creia le insultaba; y dejando en el Egipto una parte de su gran hueste, se dirigió con cien mil hombres á marchas forzadas al principado de Balsora. El jóven Selim no quiso aguardarle en sus estados, y le salió al encuentro; de manera que le cortó el ca-

mino. El arrogante Oron, ufano de sus triunfos y continuada fortuna, acampó en una espaciosa llanura, muy distante de creer que las reclutas fuerzas de Balsora pudieran salir á contener su triunfal marcha; pero se halló sorprendido al amanecer del siguiente dia, que oyó enfrente de su mismo ejército y á muy corta distancia resonar mil clarines y trompas que saludaban á la aurora. Inmediatamente montó en un fogoso alazan y con voz de trueno despertó á la mayor parte de su tropa que aun se hallaba dormida. Los refulgentes rayos del sol principiaban á iluminar el horizonte, y entonces pudo distinguir el gigante de la Siberia que tenia á su frente otro grande ejército. La brillantez de los cascos y corazas en donde el sol reflejaba; las vistosas plumas mecidas por el suave viento de una mañana de alegre primavera; las lucientes armas, los vistosos pendones, la fogosa inquietud de seis mil bien enjaezados caballos y la correcta y bien organizada formacion en que se hallaba el ejército de Selim, llenó de asombro al de Siberia, que cubierto de toscas pieles y armado de ennegrecidas lanzas, espadas y flechas, formaba un admirable contraste con el brillante aspecto que presentaba su enemigo.

El jóven príncipe de Balsora tenia su ejército formado en batalla, cuyas alas cubrian cuatro mil caballos, habiendo dejado de reserva con parte de la infantería otros dos mil; recorrió al gran trote su línea de batalla, siendo saludado por todos sus tercios con entusiasmados vivas y efectuosas aclamaciones. Selim, por su parte, devolvió los saludos con la gracia, marcialidad y afecto á que eran acreedores aquellos guerreros que le suplicaban les condujese inmediatamente al enemigo. El clarin sonó entonces é impuso silencio á la entusiasmada hueste, y la voz del príncipe se dejó oir en todo el ejército, á quien dirigió esta alocucion; «Soldados, una numerosa horda de bárbaros, venidos de los confines del Norte, amenaza nuestra patria, amaga con osada mano concluir con nuestra independencia y reducir á cenizas el hermoso país que nos vió nacer. Envalentonados con los triunfos que ha obtenido en diferentes provincias, nos juzga tan débiles, que no nos conceptúa capaces de resistir sus victoriosas falanges. Hagámosle ver que se engaña y que nuestro valor suple al número. Vuestra bravura y disciplina me dan esperanzas de que hoy se le dará una leccion severa acerca de su engaño, y que el ejército de Balsora está destinado á reducirle á la nulidad.» Mil y mil vivas respondieron á la alocucion del jóven príncipe.

Colérico Oron á la vista de tan lucidas tropas, poseido de rabiosa envidia, de ambicion insaciable y ansioso de venganza, formó su hueste; pero antes de que pudiera concluir de ordenarla, observó que el ejército enemigo marchaba hácia él pausadamente y bien ordenado. El gigante de la Siberia furioso hasta lo infinito, acometió

con su caballería uno de los flancos del ejército de Selim, que la suya protegía, se trabó un encarnizado combate, en que el éxito era dudoso; pero el jóven príncipe, puesto á la cabeza de algunos escuadrones que tenia de reserva, reforzó al flanco que se hallaba acometido; y cual si fuese el genio de las batallas, fué tanto el destrozo que



hizo en los ginetes de la Siberia, que no pudiendo resistirlo volvieron caras vergonzosamente; pero tan aturdidos y asombrados, que atropellaron y desordenaron la mayor parte de su infantería. Selim aprovechando aquel momento de desórden, mandó mover toda su línea, y el combate se hizo general y mas sangriento. Oron, observando el pavor de sus huestes desordenadas y deshechas, buscó con ansiedad el caudillo enemigo para retarle á un particular combate; y despues de haber recorrido parte del campo en medio de lo mas encendido de la pelea, pudo distinguir á Selim, que recorriendo y animando sus columnas, hacia el mayor destrozo en las de Oron que ya no podia ordenarse con regularidad. Este incidente, unido á la brillantísima armadura del de Balsora, al respeto con que le miraban los guer-

ros, y á su continente juvenil y majestuoso, dió á conocer á Oron que aquel debia ser el caudillo de aquel ejército que en pocas horas le habia eclipsado las glorias consecutivas de dos años. Henchido de ira dirigió con ímpetu su caballo hácia él, y le dió un bote de lanza que le hubiera sacado de la silla á no haberlo evitado la ligereza del que montaba Selim, que al mismo tiempo saltó por encima de algunos cadáveres haciendo perder la mayor parte de la fuerza que llevaba la lanzada. Selim entonces acometió á Oron y logró herirle por su mayor destreza en un costado, obligándole á caer en el suelo. Su gente se apresuró á recogerle, no sin dejar aquel sitio cubierto de cadáveres, pero por fin se lo llevaron, pronunciándose en desordenada y vergonzosa retirada, cuyo alcance siguió por seis dias consecutivos Selim con su ejército, habiendo perdido el de Oron mas de la mitad de su fuerza.

LA MAGA

Al octavo dia de incesante fatiga para seguir el alcance de los restos del ejército de Oron, trató Selim de dar descanso al suyo, y ofreciéndosele un llano y lozanísimo terreno poblado de numerosos caseríos, acampó en él y dió las oportunas disposiciones para que de diferentes puntos viniesen provisiones para sus tropas. al frente del campamento y no á larga distancia, se distinguian las jigantescas torres de un bellísimo castillo, en cuyas pintorescas almenas no se percibia ni centinela, ni persona alguna que vigilase por su seguridad. Selim, acompañado de algunos suyos, se dirigió hacia él, y quedó asombrado cuando despues de haber pasado lindísimos y dilatados jardines se halló á las puertas de un lindísimo palacio, cuya elegante arquitectura parecia no pertenecer á la mano del hombre. en su gran puerta de cristal se miraba grabada en letras de oro esta inscripcion: «Templo de las delicias de Amor.» Selim hizo resonar su bocina para indicar á los habitantes de aquel alcazar que se hallaba á sus puertas: aun no se habia estinguido el eco en el espacio cuando se abrieron las puertas, presentándose en sus umbrales seis hermosísimas doncellas vestidas de blanco y coronadas de flores: el príncipe las saludó con cortesía, á pesar de lo asombrado que se hallaba, y las dirigió esta pregunta: Os dignais decirme, ¡oh angelicas doncellas! ¿quién es el dueño de este palacio? Las doncellas le hicieron una graciosa cortesía, respondiéndole: Ilustre caballero, aquí habita la princesa. Eu

sina, cuya belleza singular atrae á este alcázar á los mas poderosos príncipes de Oriente. Tened la bondad, pues, de manifestarla que el de Balsora solicita su permiso para ofrecerla sus respetos. Dos de las ninfas desaparecieron súbitamente, volviendo en seguida para conducirle á la presencia de su señora; las demás guiaron al acompañamiento al interior de palacio.

Selim, guiado por las dos encantadoras, atravesó por diferentes y lujosas galerías, y despues de haber caminado largo rato por dorados salones, se halló en uno en que el oro, los tisús y los brillantes preciosos, querian competir con el hermosísimo ser que le habitaba. Este era Eusina, que muellemente recostada en ricos almohadones recamados de oro, parecia la diosa del amor solicitando clemencia; al ruido de las armas que llevaba Selim, fijó la vista en él la hechicera princesa dando un agudo y doloroso grito: el jóven príncipe se apresuró á socorrerla creyéndola desmayada, y tomándola una mano que abrasaba con la suya, la dijo; ¿qué os sucede, encantadora princesa? ¿os habrá por desgracia acometido algun mal? Príncipe, contestó Eusina con languidez: me habeis hecho gran daño al presentaros con esas armas destructoras; en este palacio todo es amabilidad, todo dulzura, todo amor; sois el primer caballero armado que ha penetrado en este recinto.

Perdidamente enamorado Selim de la encantadora Eusina, la acompañó un largo rato, en el que tuvo ocasion de ofrecerla su amor y su trono; Eusina condescendió á los deseos del príncipe, y alargándole un anillo de los que llevaba en sus manos como prueba de su asentimiento y compromiso, obligó al príncipe á reparar en el suyo, á quien observó empañado sobremanera. Entonces recordó los consejos del anciano que se le habia aparecido en sus sueños, y no echó en olvido la prediccion de los astrólogos que sus padres le habian trasmitido. Estos recuerdos unidos al pálido aspecto que presentaba su sortija, le obligó á despedirse de Eusina, dejándola desesperada y anhelosa de venganza por el desprecio que habia recibido.

Selim abandonó rápidamente los elegantes salones del alcázar, y volvió á tocar su bocina anunciando la marcha: pocos momentos despues se hallaba entre sus tropas, y el diamante de su sortija volvia á brillar como antes de entrar en el templo de las Delicias. A los tres dias levantó su campo y siguió al frente de su ejército el camino de Egipto, en cuya larga marcha no halló mas que un sin número de aliados, que al eco de su fama se le unian agrupándose á sus banderas contra el enemigo comun que habia invadido el territorio de Oriente. Las poblaciones enteras que encontraba en su marcha victoreaban al jóven caudillo, llamándole su libertador, el Héroe de Oriente: de este modo llegó Selim á las inmediaciones de Egipto, en

cuya capital y populosa ciudad habia reconcentrado Oron todo su ejército.

Selim ordenó el suyo, y al amanecer del siguiente dia se puso en marcha para la ciudad de las Pirámides. Al acercarse á ella observó que el ejército enemigo le esperaba en campo raso, aunque apoyado en los muros del gran pueblo. El príncipe de Balsora acometió al grueso de la hueste del Norte con solo una parte del suyo, dividiendo en dos columnas el resto para que por los puntos menos defendidos penetrasen en la ciudad. Dada la señal del combate, las fuerzas que mandaba Selim, acometieron con ímpetu la línea enemiga arrollándola en todas direcciones; y como el ataque era mas vivo y sangriento en aquel punto, todas las fuerzas de Oron, acudian á su defensa, dejando desguarnecidos los demás, por los que penetraron sin gran resistencia las dos columnas que habia dispuesto Selim con solo este objeto.

El combate se hizo general y encarnizado; por do quiera no se pisaban mas que cadáveres y sangre; ni se oian mas voces que los quejidos de los heridos, los ayes de los moribundos y el furioso grito de los combatientes, aumentando la confusion y el horror el estruendo de las armas, el escape impetuoso de los corceles, y el ronco son de los clarines y trompas, cuyos desabridos ecos poblaban los aires. Selim quiso esta vez ser el primero en buscar al caudillo enemigo, y arrimando el acicate á los ijares de su fogoso caballo, se lanzó en medio de la enemiga hueste, arrollando y destrozando cuanto se le oponia al paso. Por fin halló á Oron que con voz de trueno animaba á los suyos, y acometiéndole con la lanza enristrada le dió un bote que le hizo caer sobre el cuello de su caballo. Oron que durante la pelea no habia recibido un golpe tambien dirigido y fuerte, se enfureció sobremanera, y arremetiendo hácia Selim, fueron tantos, tan repetidos y furiosos los golpes que se daban, que rotas las lanzas y empuñando los alfanjes redoblaron la lucha que debia acabar con la muerte. Las armas ofensivas encontrando resistencia en las corazas y el casco brotaban chispas como si salieran de las fraguas de Vulcano, hechas dos mil astillas las lanzas, rotos y despedazados los escudos y hendidos los cascos y las armaduras, la lucha debia terminar brevemente; asi sucedió, pues ó un doble y terrible golpe los dos guerreros perdieron los cascos y las viseras, y se pudieron conocer cara á cara. ¡Cuál fué el asombro del formidable Oron al contemplar las delicadas facciones del enemigo más bizarro que habia encontrado hasta entonces! Avergonzado de mirar frente á frente un adversario que apenas le apuntaba el bozo, rechinó los dientes de cólera, y apretando en su nervuda mano el hacha sanguinaria, que debia servirle por última vez, la dirigió á la cabeza de Selim que pudo evitar el

golpe ladeándose á la derecha, y tirándole en seguida un fuerte tajo, logró que Oron cayese del caballo con el cráneo dividido hasta los sesos: un rugido espantoso fué el último testimonio de vida que dió el gigante, príncipe de la Siberia.

Muerto él, su ejército desordenado y deshecho, entró atropelladamente en Egipto; pero recibido allí por las dos columnas de Balsora que habian penetrado en la ciudad al principio de la batalla, se renovó la carnicería; y aquel ejército que habia sido el terror de tantos pueblos; quedó reducido á la nada por un jóven de veinte y cuatro años, que era la edad que tenia Selim. El himno del triunfo resonó en todas las mezquitas de Egipto, y los ancianos, jóvenes y niños de ambos sexos de la gran ciudad, corrian presurosos á mirar de cerca el Héroe del Oriente, al libertador de su independencia, al custodio de su libertad y costumbres.

Selim permaneció en Egipto algunos dias, en los que dió descanso á su ejército, con el que debia emprender la marcha para Bagdad y el Cairo para concluir con el resto del que habia traido Oron á Oriente. Los públicos regocijos, los banquetes, los bailes y otras diversiones sucedieron al estruendo de las batallas, Selim se olvidó por un momento de sus deberes como general y como príncipe, y no recordó en muchos dias que aun tenia enemigos que combatir. El eco glorioso de sus triunfos resonaba en todo el Oriente, y muchos reyes, príncipes y potentados venian á ofrecerle sus servicios y á conquistar su amistad. El príncipe de Balsora, lanzado á un mundo que no conocía, gustó probar sus encantos, y en los soberbios y retirados banquetes, y en los continuados festines y en los deliciosos paseos ansió mas de una vez la posesion de tanta mujer encantadora que se ofrecia á su vista; muchas princesas que habia traido á Egipto el eco de la fama del libertador de Oriente se disputaban la predileccion del jóven caudillo, que por su parte no dejaba de apetecer con ansia el amor de una tierna compañera con quien pudiera dividir su trono y hacerla partícipe de sus glorias; pero consultando el diamante de su prodigiosa sortija, siempre le miraba empañado y sombrío: en vano se dirigió á una, otra y otra de las que mas hermosas le parecian; el diamante siempre se mantuvo pálido y empañado; desesperado Selim de no hallar ninguna que demostrara ser de la aprobacion de su talisman, se decidió á no contener por mas tiempo su deseo; y hallando demasiado propicia á la princesa de Circasia, la pidió una cita: aquella condescendió con el mayor placer, quedando concertados que á hora avanzada de la noche se hallaria franca su habitacion. Selim se retiró á su cuarto, y entre el temor y el placer que le esperaba, fluctuó algunas horas, pues si bien le halagaba la idea de mirarse á los piés de su princesa, se contristaba al observar su diamante

cada vez mas empañado y sombrío. La princesa de Circasia era demasiado hermosa y discreta, y hubiese podido hacer la felicidad de un príncipe, si no hubiera sido tan débil en conceder favores á muchos. Selim, agitado de placer y sobresalto, pues que su conciencia le argüia, se quedó dormido, y á poco rato volvió á aparecérsele el mismo anciano que se le apareciera á las puertas del panteon de sus mayores en Balsora. Sí, era el mismo sin duda; sus mismas facciones, su mismo continente majestuoso, su mismo traje, en fin, su todo; solo se diferenciaba en que esta vez ostentaba un ceño que hizo temblar al príncipe, á quien se acercó pausadamente, y levantando la mano en direccion del cielo, le dijo: «Selim, no se halla aquí la novena estátua que te hace falta: búscala, búscala, ¡oh hijo del gran Zeilan! y desgraciado de tí si, como ahora, desprecias los avisos que te trasmite el cielo por medio de ese prodigioso anillo.» Y la vision desapareció súbitamente, dejando al príncipe un blanquísimo lienzo con esta inscripcion:

Morir es mucho mejor
á impulsos de agudo acero,
resistiendo á un torpe amor
estraño al gran caballero
Selim, que aprecia su honor.

Despertó el de Balsora inquieto y despavorido, y desplegando el lienzo que le habia dejado la vision misteriosa, leyó la misma inscripcion que ya habia leido en sueños. Inmediatamente tocó su bocina indicando marcha, las trompas y clarines resonaron al momento por todos los ángulos de la ciudad que abandonó aquella misma noche, dirigiéndose á Bagdad. Nada de particular ocurrió á Selim ni á sus tropas en esta marcha, pues los restos del ejército de Oron, mandados por un misterioso caudillo, habian abandonado la ciudad replegándose sobre el Cairo. Selim entró en Bagdad como el libertador de todo Oriente: descansó algunos dias y se dirigió al Cairo, en cuyo punto se hallaban reunidas todas las fuerzas que habian quedado del formidable ejército de Siberia. Despues de muchos dias de marcha, logró que los instrumentos guerreros de su ejército avisasen á los defensores del Cairo que se hallaban á sus puertas. Defendida la poblacion por sus castillos y muros y por las tropas que la guarnecian, le fué preciso á Selim detenerse algunos dias á sus puertas para preparar las máquinas y dar el asalto; los combates parciales principiaron desde luego, y las máquinas se acercaron á las murallas para abrir la brecha: al quinto dia el combate se hizo general en todos los puntos: dos trozos del muro habian sido derribados por las máquinas, y mientras que dos fuertes columnas atacaban la brecha,

otras dos asaltaban la ciudad por los opuestos puntos. El enemigo no pudo resistir por mucho tiempo, y el victorioso ejército de Selim penetró en la ciudad, en cuyas calles se renovó el combate y la carnicería. Selim, separado de los suyos, seguia á un guerrero que á rienda suelta corria como huyendo de la pelea; pero al entrar en una gran plaza, se vió rodeado de innumerables enemigos, que como no tenian otros contrarios con quien pelear, se dirigieron á él, descargando á la vez mil y mil golpes que apenas podia resistir el temple de su armadura. El príncipe se defendia heróicamente de aquella muchedumbre de guerreros; heria, mataba, la sangre formaba arroyos en la gran plaza, y no obstante, Selim debia sucumbir, pues no le venia ningun socorro: rota y destrozada su coraza, hecho mil pedazos el casco y el escudo, y cubierto de heridas, no le quedaba otra defensa que su indomable valor: aun se defendia desesperadamente, cuando herido su caballo en el corazon cayó muerto cojiéndole debajo. Entonces observó que el guerrero que en mala hora habia seguido hasta aquel malhadado sitio, se acercó á él, y separando á los demás que querian darle muerte, se desmontó del caballo y á la inmediacion de Selim, levantó la visera. ¿Cuál seria el asombro del príncipe cuando vió en aquel guerrero á la encantadora Eusina, señora del Templo de las delicias? «Príncipe, le dijo con irónica sonrisa: he privado que murais en manos de estos soldados: vuestra muerte debe dárosla una mujer ofendida de vuestro insolente orgullo.» Y sacando una daga iba á esconderla en el corazon de Selim, cuando un grande estruendo de caballos y armas detuvo su brazo obligándola á volver la cabeza adonde se oia el estruendo. Selim, falto de fuerzas, no le era posible levantarse, y aguardaba la muerte con resignancion; volvió Eusina á querer ejecutar su cobarde venganza, mas al tiempo de dirigir la daga contra el pecho del príncipe, se vió asida fuertemente por detrás por la mas blanca y delicada mano. Eusina volvió la cabeza y lanzó un grito de desesperacion al observar que quien habia detenido su vengativo brazo, era una hermosa doncella de quince años. Selim desmayado, no podia ver lo que pasaba á su alrededor; los guerreros que mandaba Eusina se habian dispersado, y solo quedaban en la gran plaza los que dirigia aquella encantadora niña, que contemplaba á Selim y lloraba amargamente.

CAPITULO IV.

Amores de Selim.—Su casamiento.—Tercera aparicion de la vision misteriosa.—Viaje á la isla del Rey de los Genios.—Regreso á Balsora.—Encuentro de la novena estátua.

La hechicera amazona que habia libertado á Selim de ser muerto por la vengativa Eusina, despues de haberla dado libertad generosamente, dispuso que se trasportase al príncipe á su palacio. Así, pues, se verificó en el momento, y despues de acostado en un magnífico y mullido lecho, se llamasen los mas acreditados médicos para que curasen sus heridas: estos manifestaron que eran de gravedad, pero no mortales; y aplicándolas los mas eficaces medicamentos que disponia el arte, lograron que Selim trocase su desmayo en un profundo sueño.

Alina, princesa de Egipto, hija única del virtuoso Amer, que era la doncella que habia libertado á Selim de la muerte, no se separaba de la cabecera de su cama, prodigándole cuantos auxilios necesitaba y disponian los médicos. Amer, que habia recobrado el mando del principado de Egipto con la destruccion del ejército de Oron, se ocupaba de que nada faltase á las tropas vencedoras que le habian reconquistado el trono. El ejército del Norte ya no existia; el imperio de Oriente estaba libre de aquella calamidad.

Algunas horas de descanso y la eficacia de algunos medicamentos que se le habian aplicado, hicieron volver á Selim del sueño que la falta de sangre y la fatiga le habian ocasionado. Al despertar quedó asombrado al contemplar aquella hechicera doncella que se hallaba á la cabecera de su cama vigilando por su salud; y dirigiéndose á ella la preguntó quién era, cómo se hallaba en su estancia y quién le habia conducido allí libertándole de los furores de Eusina. Alina le contestó á todas estas preguntas diciéndole: «Yo soy la hija única de Amer, príncipe del Cairo, que con mi padre y algunos caballeros y parientes, nos hallábamos esclavos en nuestros mismos dominios desde que Oron penetró en ellos. Hace algun tiempo que mudamos de señor, pues Eusina, princesa del Lago y amante de Oron, tomó el mando de sus tropas y de estos Estados, y á la verdad, príncipe, que no mejoramos de dueño, pues Eusina es aun mas cruel y vengativa que lo era su amante. Presos en este mismo palacio, esperábamos el éxito del combate que habiais trabado; pero yo, que sabia la estrategia que usaria Eusina para atraeros solo á la gran plaza, luego que observé desde una almena el peligro que corriais y ví que todos nuestros vigías nos habian abandonado para reforzar sus falanjes, bajé

á los calabozos donde se hallaba mi padre y otros caballeros y les dí libertad; y armándonos inmediatamente corrimos á socorreros, pues que este alcázar se halla en la misma plaza en que tan heróicamente os habeis batido solo contra centenares de enemigos. Yo lo he visto todo, querido príncipe; he sido testigo de vuestro grande esfuerzo, y me felicito por haber sido tambien la que contuve el brazo de Eusina al tiempo que iba á daros muerte.»

Esta narracion espresada con la mayor sencillez por la boca encantadora de Alima, obligó á Selim á quedar tan agradecido como enamorado de ella. La dió las mas expresivas gracias por el interés que por él se habia tomado, y la preguntó qué se habia hecho de Eusina. Alina le manifestó que le habia dado libertad en cambio del mal trato que de ella habia recibido durante su esclavitud. El príncipe no supo qué admirar mas, si su candidez y belleza, ó su generosidad y heroismo; la alargó su mano, y el diamante brilló de tal manera, que iluminó toda la habitacion.

En los dias que tardó en curarse y convalecerse Selim, Alina no se separaba de él un momento, siendo ella misma la que le aplicaba las medicinas, le daba los alimentos y le proporcionaba distracciones. Tanto esmero unido á su angelical belleza, acabó de enamorar á Selim de su hechicera enfermera, animándole ademas el brillo de su diamante que se aumentaba á proporcion que su amor iba creciendo. Restablecido Selim completamente, pidió á Amer la mano de su hija, que se la concedió en el momento despues de cerciorarse de que se amaban con delirio mútuamente. Se hicieron las bodas en medio del júbilo y de los públicos regocijos, y nada faltaba ya á la felicidad de los dos esposos mas que la consumacion de sus desposorios. La noche misma en que Selim debia disfrutar de las tiernas caricias de su esposa, se sentó muellemente en un divan, y recorriendo las raros sucesos de su vida, le rindió el sueño, y á poco rato observó que la vision misteriosa se le acercaba con la sonrisa en los labios radiante de alegría, y le dijo: «Hijo mio: me hallo muy satisfecho te ti, pues has correspondido dignamente á mis esperanzas. Eres sabio y prudente como tu padre, y valeroso como el ángel de las batallas. ¿Qué te falta? El ser feliz, y lo serás si sigues como hasta aquí. Yo protegí á tus padres colmándoles de toda clase de felicidades; le dí ese prodigioso anillo que luego pasó á tí por mis consejos; te hice el mas rico de todo el universo; te privé, por medio de la virtud del mismo anillo, que fueses muerto traidoramente por Eusina, querida de Oron, en el mentido Templo de las Delicias, donde fijó su asiento algunos dias con solo este objeto; te separé, por fin, de las bellezas de Egipto, en cuyos lascivos amores querias engolfarte, y por último, te he alcanzado muchas victorias y te he colocado en el

glorioso repertorio de los héroes. Aun haré mas por tí; pero para ello es preciso que me demuestres tu agradecimiento. Te esplicaré cómo: La tierna esposa que acabas de recibir, es necesario que, respetando su inocencia, la conduzcas, tan pura como lo está en el dia, á la isla del Rey de los Genios: para este viaje no necesitas de tus ejércitos, que despacharás á Balsora á las órdenes de uno de tus tenientes: tu diamante te servirá de guia en esta jornada.»

Asombrado quedó Selim de la exigencia de su fantástico protector, pero como hasta entonces en nada le habia engañado y todo se lo debia, á fuer de agradecido tuvo que complacerle, y pretestando un corto viaje, salió para la isla del Rey de los Genios, guiado siempre por el brillo de la preciosa piedra de su sortija. A los tres dias de marcha, se cansaron los corceles que los conducian; pero un gracioso niño que se hallaba en una selva, les presentó otros dos diciéndoles: estos caballos que os entrego con el mayor placer, pueden correr sin cesar el universo entero en muy pocas horas, y ellos os dirigirán al paraje á que vais dirigidos. Selim y Alina, renovaron sus corceles y partieron á rienda suelta. A la caida de la tarde se hallaron á orillas de un anchuroso lago, cuyas aguas se hallaban ennegrecidas: imposibilitados de atravesarle á caballo, tuvieron que dar voces al dueño de una barca que se hallaba al lado opuesto. Presurosamente se trasladó la barca á la orilla en que estaban los dos esposos, y ellos y sus arrogantes corceles entraron en ella, no sin dejar de advertir que los remeros eran dos enormes cocodrilos con las cabezas de sierpe; uno de ellos se abalanzó á Selim y el otro á Alina, forcejeando para arrojarlos al lago; pero los briosos caballos, cogiéles con sus dientes, les destrozaron arrojándoles á las ennegridas aguas; cuando Selim y su esposa llegaron á la márgen opuesta se encontraron con los cadáveres de Ensina y la princesa de Circasia, que habian vomitado las aguas.

Descansaron aquella noche en una hermosísima floresta, cuyos aromáticos perfumes embalsamaban el espacio: la hora, el sitio y la oportunidad convidaban á los placeres; pero Selim se contuvo acordándose del precepto de la bienhechora vision. Por la mañana montaron en sus corceles, y á pocos momentos se hallaron á las puertas de un palacio de vistosos y diferentes colores: las puertas se abrieron, y cuatro alados genios aparecieron á sus dinteles, dando á conocer que aquella maravillosa morada pertenecia á una divinidad. Los genios les condujeron por medio de suntuosos salones y espaciosas galerías, en que resaltaba el oro, la bruñida plata y la brillante pedrería, á un magnífico salon cuyas doradas columnas formaban un anfiteatro, en cuyo centro se hallaba un trono esplendente y deslumbrador cubierto de riquísimos damascos recamados de oro y sembra-

dos de preciosas piedras. Al pié de él se arrodillaron Selim y Alina aturdidos y asombrados de mirar tantas preciosidades en tan majestuoso aposento. Repuesto algun tanto el príncipe del asombro que le causaba cuanto habia visto y le rodeaba, alzó sus ojos para mirar al rey que ocupaba el trono y dirigirle la palabra, y se acrecentó su pasmo cuando observó que el soberano á cuyos pies se hallaba postrado era el mismo anciano que tantas veces se le habia aparecido en sueños facilitándole cuanto habia necesitado para formar un grande ejército, con el que habia libertado á Oriente de la esclavitud y de la tiranía, alcanzando por sus hechos el renombre de héroe.

El rey recibió á los dos esposos con la mayor amabilidad y dulzura: y dirigiéndose á Selim, le dijo: «Amado príncipe, has cumplido como hombre agradecido cuanto me ha parecido conveniente el exigirte; en los combates has sido á la vez esforzado caballero y general prudente, y como mortal has sabido vencer con heroismo las pasiones é inclinaciones que podian perjudicarte, y por consecuencia estoy en el caso de cumplir por mi parte cuanto te he ofrecido. Vuelve pues, hijo mio, á tus Estados en ese mismo caballo que hasta aquí te ha conducido, y que en pocas horas puede recorrer muchísimas leguas: en el camino hallarás tu ejército victorioso, al que te reunirás y harás tu entrada triunfal en Balsora, cuya capital, embellecida con los trofeos que has arrancado al enemigo, es una de las más hermosas del universo. Luego que hayas llegado á tu palacio, baja al subterráneo maravilloso de las estátuas, y en el noveno pedestal hallarás la que te falta, que es la completa Felicidad. Tu esposa quedará conmigo en mi alcázar en recompensa de los singulares favores que te he dispensado; esto es, en el caso que tú quieras hacer este sacrificio en obsequio de la amistad y del agradecimiento; pero si no quieres, puedes llevártela desde luego; elije.»

Abismado quedó Selim á vista de la exigencia del rey de los genios; y su corazon, combatido por el amor de su tierna esposa y por los singulares beneficios recibidos por la mano de la deidad soberana, luchó mucho tiempo sin decidirse á abandonar á Alina, á quien amaba en estremo, ó á disgustar á una divinidad á quién se lo debia todo. Por fin triunfó el agradecimiento de la pasion, y se resignó á la voluntad de su favorecedor. «Señor, dijo al rey de los genios, V. M. me ha facilitado cuantos recursos necesitaba para formar mis ejércitos; con ellos me ha conducido por el glorioso camino de los triunfos; vuestros consejos han mitigado mis pasiones, encaminándome por la bienhechora senda del bien, y por fin, os lo debo todo; hasta esa mi amada esposa, que os entrego porque así lo quereis, la he recibido de vuestra mano, por la maravillosa virtud de este anillo que me habeis regalado. Nada, pues, señor, hago

en acceder á vuestros deseos; y si es preciso que os consagre mi existencia, aquí la teneis; estoy dispuesto á morir por complaceros.» «Vive, hijo mio, vive, le repuso el rey, quiero completar tu felicidad, pues conozco demasiado que en este mundo no eres completamente dichoso. Vuelve á Balsora y allí hallarás cuanto te falta para alcanzarlos. Adios, Selim.» Y cogiendo de la mano á Alina, desapareció el rey de los genios, dejando al príncipe desconsolado, aunque no arrepentido del sacrificio que acababa de hacer. Salió Selim de aquel celestial alcázar, y montando en el corcel que le esperaba á la puerta, corrió hasta llegar al lago de las ennegrecidas aguas, en cuyas márgenes halló al mismo niño que á él y su esposa les habia proporcionado los incansables caballos: la angelical criatura, dirigió á Selim con una gracia encantadora las siguientes palabras: «Príncipe, podeis sin el menor peligro vadear el lago en vuestro caballo, pues las dos princesas, que con una infernal barca surcaban estas aguas, han sido arrojadas á ellas y condenadas al averno, por los dioses.» Entonces Selim, no dudó que las princesas de que hablaba el niño, era Eusina y la de Circasia. Vadeó el lago, y volvió á correr á toda rienda, hasta que despues de algunos dias se halló á las inmediaciones de Balsora en medio de su ejército, que le recibió con la mayor alegría y entusiasmo. La ciudad en masa salió á recibir á sus guerreros compatriotas, y Selim al frente de su vencedora hueste hizo su entrada triunfal en la capital de sus dominios en medio del general contento, de los más grandiosos festejos y de la alegría mas completa. Luego que entró en su palacio, y despues de haber despedido á [illegible]oridades y altos dignatarios que habian ido á felicitarle, se dir[illegible]aravilloso subterráneo de las estátuas, y su asombro tocó en [illegible]nito, cuando vió que sobre el noveno pedestal se hallaba [illegible]na esposa, la encantadora Alina, que se arrojó en sus brazos. [illegible]sados los primeros transportes del contento, Alina dijo al príncipe que en una noche en que lloraba su ausencia, la rindió el sueño, y que creyó verse trasportada en una nube de fuego á un hermoso sobterráneo, ocupando un pedestal de oro, desde el que veia á su esposo; que no habia despertado hasta que sintió sus pasos, y que en aquel venturoso instante se habia tornado en realidad lo que creia sueño. Volvió á abrazarla, y saliendo del subterráneo, dió las oportunas disposiciones para hacerlo saber en la ciudad y en todos sus dominios. Estendida por Balsora la prodigiosa noticia, se renovaron los festejos durante ocho dias consecutivos, y Selim y su esposa protegidos por los dioses, vivieron felices muchos años, en medio de un pueblo que les adoraba y que jamás se arrepintió del amor que profesaba á sus jóvenes soberanos.

FIN.

HISTORIAS

QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.

	Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.	5
Carlo-Magno y los doce Pares de Francia.	4
Roberto el Diablo.	4
El conde Partinoples.	4
Clamades y Clarmonda, ó el caballo de Madera.	4
Flores y Blanca-Flor.	4
Pierres y Magalona.	4
Aladino ó la Lampara Maravillosa.	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.	4
El Nuevo Robinson.	4
Napoleon I. emperador de los franceses.	4
El caudillo carlista D. Ramon Cabrera.	4
El general Espartero.	4
D. Martin Zurbano.	4
Doña Blanca de Navarra.	4
Orlando Furioso.	4
Simbad el Marino	4
El sitio y defensa de Zaragoza.	4
D. Diego Leon.	3
El conde de Montemolin.	3
Zumalacárregui.	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla.	3
Bernardo del Carpio.	3
Hernan Cortés ó la conquista de Méjico.	3
Los siete infantes de Lara.	3
D. Pedro de Portugal.	3
La doncella Teodora.	3
La heróica Judith.	3
Noches lúgubres de Cadalso.	3
Matilde y Malek-Adhel.	3
Abelardo y Eloisa.	3
Ricardo é Izabela ó la Española-Inglesa.	3

	pliegos
El marqués de Villena ó la Redoma Encantada.	3
El robo de Elisa ó la Rosa Blanca Encantada.	3
El conde de las Maravillas.	3
Santa Genoveva.	3
El Nuevo Navegador ó la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.	3
El Gran Capitan Gonzalo de Córdoba.	3
El Bastardo de Castilla ó el Castillo del Diablo.	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason.	3
La Hermosa de los cabellos de oro.	3
La Guirnalda milagrosa.	3
Los siete Sábios de Roma.	[illegible]
Guerra de la Independencia española.	3
Los Niños de Ecija.	3
Doña Juana la Loca.	3
El Toro blanco encantado.	3
El Príncipe Selim.	3
Las Dos Doncellas disfrazadas.	[illegible]
Antelmo Collet.	4
El Santo Rey David.	3
El Casto José.	2
El Juicio Universal.	2
San Alejo.	2
San Amaro.	2
Francisco Esteban el Guapo.	2
El Marqués de Mántua.	2
El Valeroso Sanson.	2
La Creacion del Mundo.	2
El Diluvio Universal.	2
San Albano.	2
Nuestra Señora de Monserrat, y penitencia de Fray Juan Garín.	2